

za, mayor ceguedad? Ya, Señor, nos pesa de todo corazón de tan torpe olvido, que ha sido sin duda el origen de nuestras culpas. Eficazmente proponemos emplear en adelante nuestro pensamiento con seriedad y con frecuencia en la consideración del premio inefable que nos teneis ofrecido, y del fin dichosísimo para el cual nos habeis criado, nos habeis redimido, nos habeis ilustrado con la santa fe y nos habeis asistido con poderosos auxilios. Para considerarlo dignamente, ilustrad, Señor, nuestros entendimientos: inflamad nuestros corazones: concedednos vuestra santa gracia; y haced, finalmente, que logremos con ella el inmenso premio de la gloria, que vuestra infinita bondad se ha dignado prepararnos y ofrecernos en el cielo. Amen.

HOMILÍA

SOBRE LOS EFECTOS DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL HOMBRE EN OPOSICIÓN Ó CONTRASTE CON LOS DE LOS ERRORES.

Post dies sex assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducti illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos, etc., etc. (Matth. XVII).

Que el error pierde y que la verdad salva, que el uno destruye y el otro edifica, son cosas que á ninguno se le ocultan con tal que quiera raciocinar, pues la verdad es el ser, y el error es la destrucción ó falta del ser. Y como esto se observa y palpa en las ciencias como en las artes, en lo que produce la naturaleza igualmente que en lo que los hombres hacen; no hay inteligencia alguna que no pueda juzgar de los errores por sus consecuencias, segun hemos dicho ya, y de la verdad por sus efectos, segun diremos. En música, en pintura, en arquitectura, juzgan los hombres aun sin tener idea de los preceptos y reglas de estas artes, por las sensaciones que experimentan al ver ó al oír sus prodigios; y sin ser filósofos se recrean con un bello paisaje, y quedan llenos de admiración al entrar en un frondoso bosque donde la tierra, las aguas, el aire y aun el cielo, conspiran de consuno para reunir la belleza y la comodidad. ¿Por qué así? Porque el ser que tenemos es una verdad, y como tal está en armonía con todas las verdades ó con la verdad de todos los seres, ora naturales, ora artificiales, que se ofrecen á nuestra vista ó se pongan de cualquiera modo en contacto con nosotros. Pues y si esto se verifica con las cosas que nos son accidentales ó exteriores, ¿cómo no se realizará en lo que nos es tan esencial é intrínseco como la verdad religiosa? Somos de Dios y somos los hombres para Dios; de ahí el que no haya hombre, no haya habido ni pueda haber pueblo alguno sin alguna religion; pero como en nuestro ser haya tantos y tan visibles defectos, ó lo que

es lo mismo, tantos errores como en nuestra voluntad, en nuestro entendimiento, y en las demás potencias nuestras todas, introdujo la primitiva admision del error primero; de ahí el que se reconocan tantos errores religiosos, ó lo que es lo mismo, tantas faltas de ser en la verdad religiosa. La tendencia primera de nuestro ser no puede faltar, dejaria de ser hombre el que no fuese en algun modo religioso; pero las secundarias pueden alterarse. Así como el hombre vive cojo y ciego, ignorante y malo, sin dejar con todo de ser hombre, lo cual no podria hacer si dejase de ser racional, ó si careciese de toda clase de cuerpo; así puede, ó mezclar mil absurdos en la idea que de Dios tiene, ó practicar mil supersticiosas brutalidades en el culto que le tributa, ú ofenderle de mil maneras pensando engañado, ú orgulloso afectando que le sirve, sin por eso perder del todo la verdad religiosa que emana ó nace de su humano ser.

Pero así como todo defecto ó falta de verdad en el ser físico es conocido á luego que se compara con el ser completo, pues los efectos lo demuestran aunque no se vea; así todo error ó todo defecto en la verdad religiosa que debe llenar la inteligencia humana y ser el alma de la vida del hombre, se nota al momento; porque el vacío que produce en el corazon se deja sentir muy luego. ¿Cómo se mueve á la perfeccion, á que debe aspirar, el hombre que profesa errores por principios? De ningun modo. Se volverá ó convertirá todo entero á la vida animal, y en esta hará progresos; ¿pero respecto de la vida espiritual? en esta no dará ni un paso. Y aquí se puede ver el por qué en nuestro siglo, por ejemplo, se piensa tanto y se adelanta tanto en mejoras materiales. Imbuida la inteligencia en errores ó faltas cuando menos de verdad, de aquella verdad religiosa que engrandeciendo al alma la perfecciona uniéndola á Dios, solo piensa en las mezquinas satisfacciones de los sentidos; y como estas solo la materia se la proporciona, se la ve como al escarabajo, abandonando el cielo y las flores de las virtudes, entregarse toda entera al acumulamiento de las riquezas, al refinamiento de los placeres, y á buscar en el mismo lujo lo que pueda picar mas la curiosidad y el gusto, aunque sea con daño evidente de la salud y de la vida.

¡Siglo miserable por cierto, y desgraciada sociedad la que en este siglo vive! En él no se conoce la dicha humana, y solo en ella pueden gozarla los que viviendo en ella con el cuerpo, con el espíritu á lo menos viven en la soledad. Los errores han hecho que la so-

iedad retrograde al estado que tenia en el siglo en que vino Jesucristo. Nuestras costumbres, cual las de los judíos de entonces, excluyen de entre los hombres la dicha; y si esta hoy como siempre ha de vislumbrarse, solo puede verse y gozarse en compañía de la verdad-Jesús. Pero tal está el mundo, que para darse á conocer, y conocido beatificar Jesús á los que le buscan y él llama á ser bienaventurados, necesario es que los saque y que ellos salgan con él fuera de esta Babilonia de crímenes, léjos de esta corrupcion, cuyas tendencias, cuyas relaciones todas son á degradarnos, á envilecernos, á destruirnos en vez de perfeccionarnos. ¿Y no es nuestra perfeccion en donde debemos hallar nuestra ventura? Y la perfeccion nuestra ¿nos la puede dar ni el dinero ni la materia, que son el ídolo del siglo?... ¡Ah! la perfeccion nuestra está en Dios, y Dios hoy no puede hallarse sino en la soledad. Por eso hoy como en el principio, Jesús llama á los que quiere perfeccionar, como *tomó á Pedro, á Santiago y á Juan*, y los lleva cual *los llevó aparte* de todo mundano contagio, y léjos del agiotaje de las pasiones y de los intereses terrenales, á un monte alto. ¿Cuál mas que el de la perfeccion cristiana? Solo el cielo lo corona, á todo lo humano se sobrepone; las pasiones, los vicios, los errores, todo lo que nace del hombre solo, está miserablemente abatido á sus faldas.

Pero seamos algo mas positivos; el verdadero monte en que se coloca al hombre para que pueda gozar de todos los bienes que la verdad religiosa puede producirle, es la Iglesia católica. En ella es verdad que se halla todo género de peces, porque es una red; pero los que han de salvarse son tomados, como los tres Apóstoles, de entre todos los que se llaman católicos y no lo son mas que en el nombre, y llevados aparte de los que teniendo el nombre de Jesús son en la realidad del mundo. ¿Qué importa que hayan nacido muchos para la verdad, si dominan á su inteligencia los errores, ya prácticos, ya especulativos? Green estos, segun dicen, en Jesucristo que es la verdad y la vida; mas ¿qué vale lo que dicen si sus obras profesan todo lo contrario? Eso mismo es un error, y el efecto que produce, que es poner al hombre en contradiccion consigo mismo, lo manifiesta evidentemente. El que cree en la verdad la ama, y amándola la busca; pero ¿cómo la busca quien no sale del mundo y de los muchos lazos con que el mundo detiene á los que quisieran juntar las tinieblas á la luz, y á Cristo con Belial, como pretenden muchos católicos tibios y malos? Y sin buscarla fuera de aquí es seguro que no se la encuentra; porque el Señor no se

deja ver en su majestad y gloria sino de aquellos que á la soledad le siguen. Doce eran sus Apóstoles y muchos mas eran sus discípulos; tres con todo fueron solos los que habiéndole seguido al Tabor merecieron verle, cuando se les presentó glorioso *y se transfiguró delante de ellos*. Así de entre muchos católicos son tambien muy pocos los que con una fe viva creen en él, y creyendo poseen de verdad, ó mas bien son enteramente poseidos de la verdad religiosa; pero á pesar de esto, ¿cuán bien nos demuestran en su corto número los efectos de esta divina verdad en el hombre? ¡Oh hermanos míos! Nosotros y ellos adoramos á un mismo Salvador; pero nosotros lo vemos como hombres humanamente, y ellos le ven transfigurado. Nuestro espíritu no sale de la tierra en que se arrastra como un mísero reptil; el suyo se transforma de claridad en claridad como si fuera llevado por el espíritu del Señor; y de ahí es que á ellos les fastidia y enoja lo que á nosotros nos enamora y causa gusto; mientras que hallan toda su felicidad en lo que nosotros miramos con tédio, y cual si fuese una cosa gravosísima. La pureza de vida, el padecer por la justicia, el derramar por caridad entre los pobres aun lo que puede hacernos falta, el retiro de la bulla del mundo, sus diversiones profanas y peligrosas, la santa oracion, la penitencia que purifica... todo esto nos es duro, nos es pesado, y hasta el que se nos hable de ello nos pone tristes. ¿Por qué esto? De la misma carne y hueso que nosotros eran los que salian llenos de gozo de la presencia del concilio de los judíos, porque habian sido dignos de padecer por el nombre de Jesús. Hombreres somos como lo eran los que distribuian cuanto poseian legítimamente para volar descargados de todo, ó al martirio ó al desierto, á padecer y á morir, ó á vivir en la privacion de todas las cosas, macerando en todo sentido su carne para que su espíritu vegetase y creciese en toda virtud. Pero ¡ah! que ellos habian subido al monte, y nosotros estamos en lo bajo; ellos veian á Jesús transfigurado, y nosotros no le vemos sino al través de las ilusiones humanas y de las preocupaciones del mundo. Por eso en ellos el hombre interior era feliz en medio de los padecimientos del exterior, mientras que nosotros somos desgraciados en medio de los gozes que el mundo y la materia pueden proporcionar á nuestro espíritu.

Por eso tambien es nuestra fe tan tibia y tan poco nuestro celo por las cosas de la Religion, que raya en una criminal apatía ó en una indiferencia culpable. Caso que no creamos como muchos que el Catolicismo es de invencion humana como todos los falsos cultos,

andamos buscando á sus preceptos interpretaciones que sean favorables á nuestra cobardía y egoismo, ó los culpamos tal vez de rígidos é inoportunos, porque no queriendo acomodarnos á ellos quisieramos que ellos se acomodasen á nosotros, en lo cual como en todo vamos opuestos á los hombres de fe y de verdad, para los cuales *resplandeció y resplandece el rostro de Jesús como un sol, y sus vestidos se hicieron y se hacen blancos como la nieve*. La cara del Señor es su divinidad que unida á la humanidad se muestra gloriosa y glorificadora, su revelacion que nos da á conocer su ser y nos lo hace participar, su ley, en una palabra, que santa en sí nos santifica, y sacándonos de nuestra propia miseria, nos aproxima á su inefable misericordia. Los que fieles, los que justos todo lo dejan solo por él, la ven radiante de luz oscurecer si se quiere con su brillo los ojos de una inteligencia incapaz de comprenderla, pero dilatar al mismo tiempo una voluntad capaz de amarlo, y que con este amor vigoriza á la inteligencia misma para que mas y mas perciba lo mismo que por sí no puede. Por eso decia san Ambrosio que debe el cristiano entender para amar, en razon á que amando se entiende mejor todo cuanto enseña la fe. Sus vestidos son los preceptos y doctrinas que emanan de la revelacion, y que junto con ella forman lo que llamamos la ley santa del Señor. El hombre justo la toma por norma de sus operaciones, y nunca se persuade de que cumple con ella cual debe: para él es, como para David, la ley de Dios inmaculada, y todos sus preceptos, todos sus consejos no solo son sin mancha, sino que blancos cual la nieve tienen tanta exactitud, tanta verdad, y están tan sábiamente dispuestos y tan en órden con la justicia eterna y con la verdadera conveniencia humana, que solo pueden ser obra de un Dios infinitamente sábio. De ahí el que vivan en una paz profunda, en un contento indefinible los que hacen de esta ley divina la páuta de su vida, mientras que inquietos y desasosegados los que de ella se alejan nos convencen de que hay mucha paz para los que la verdad religiosa anima, y que no hay paz ni sombra de ella para los impíos.

¿Cómo puede haberla? ¿En qué se aseguran, ya para creer las absurdas ficciones de su desreglada imaginacion, ya para obrar en consecuencia? En nada seguramente, porque todo lo humano es tan variable como el hombre: hoy aman lo que mañana aborrecen, mañana tienen por verdad eterna lo que ayer les parecia un absurdo: el fiel está seguro en su fe que como divina es mas inmutable que una roca. Á mas de la conviccion interior que le produce

la gracia, y de la luz con que aviva su entendimiento, *hé aquí* que al lado del Salvador se le aparecen como se dice *que se aparecieron á los Apóstoles Moisés y Elías hablando con él*. Es decir, que en lo exterior la ley y los Profetas á quienes aquellos personajes representan, le demuestran la verdad del Catolicismo; porque este no es mas que el desarrollo, el complemento y la perfeccion de cuanto la ley figuró, de todo lo que los Profetas anunciaron. Y la vista y la certeza, así de esto como de la eternidad del Evangelio, ó de la certeza que le da de que salió de Dios, ¿se cree que es esto de tan poca monta que no contribuya mucho á dilatar su alma y llenarla de un perfume de bienaventuranza incomprendible á los mundanos?... Se dice de un filósofo que habiendo hallado la solucion de un problema físico salió por las calles loco de placer exclamando: «Lo hallé! lo hallé!» Pues ¿y qué tiene que ver una invencion de esta clase con la invencion de una verdad que influye en todo el ser del hombre, que le asegura con un bienestar inmenso en esta vida la inmortal bienaventuranza en la otra? ¡Ah! tal vez los hombres poseidos de la dicha aunque tranquila y pacífica que les causaba esta verdad descubierta á su espíritu, han parecido fanáticos y dementes á los mundanos... ¿qué mucho si el placer mas puro los embriagaba, y los anegaba en Dios la dicha mas grande que aquí se puede gozar? ¿No decia fuera de sí el mismo Profeta rey en el exceso de su felicidad: «Cuán ilustre es, ¡oh Señor! el cáliz que me embriaga?» Á él y á aquellos les sucedía lo que á san Pedro en el Tabor que, absortos todos y totalmente en aquel momento, ni viven sino para la verdad religiosa, ni piensan mas que en el presente feliz que ella les proporciona, ni desean mas que continuar en aquel momento dichoso que les proporciona anticipadamente gustar lo que gozarán inamisiblemente en el cielo. *Señor, bueno es estarnos aquí*, decia este santo Apóstol viendo y palpando en realidad lo que en realidad ven tambien las almas todas á quienes Dios llama y convierte. *Y lo dijo al Señor, respondiendo*, no á preguntas que el Señor le hiciese, sino á la palabra real y verdadera que causaba en su corazon la verdad que sensiblemente se le manifestaba. Bulle el corazon del hombre, hierve á borbotones cuando la verdad-Jesús se deja ver de él como Dios, y es á veces tanta la necesidad en que le pone de hablar, que está como Job cuando exclamaba: «Estoy lleno de palabras; hablaré y respiraré un poco.» Es verdad que no todos se desahogan solo hablando materialmente; pero todos los que ella alumbrá buscan un desahogo á la dicha que

los inunda y los ahogaría, cuál en la penitencia, cuál en el martirio, cuál en fin en el deseo de anunciar á los mortales todos el camino verdadero de la dicha, y lo errados que van por los senderos cenagosos del vicio.

En lo cual podeis ver la causa que impulsa á muchos tan hombres como nosotros y mas delicados que nosotros, á desahogar sus carnes con la disciplina, á macerarlas con el ayuno, y á extenuarlas con una oracion continuada y que ellos quisieran perpetuar, porque en ella especialmente es en donde la palabra supersustancial les habla y les pone en el caso de que respondiendo digan: Señor, bueno es estarnos aquí. Tambien es lo que mueve á otros á atravesar los mares y á internarse en países salvajes sin otros aparatos ni compañía ni recursos que una cruz de madera, y sin otra esperanza que la de una muerte atroz, ni otros consuelos que los que les ofrece esta misma verdad á que nunca se persuaden que corresponden dignamente su intrépido valor, su heroica constancia, su invencible firmeza en soportar todos los males del cuerpo, así como su amor á los hombres, aun á los que mas les atribulan y maltratan: su paz, su cooperacion al órden, á la civilizacion y á la verdadera libertad de los hombres, son el efecto ó efectos de la verdad religiosa en ellos, así como, segun hemos indicado, lo contrario de todo esto es el resultado de los errores en el hombre que les da acogida.

Tienen los hijos de la luz en su pecho lo que queria practicar san Pedro, aunque con distinto fin y de diversa manera. *Si quieres, Señor*, decia enajenado el Príncipe de los Apóstoles, *hagamos aquí tres tabernáculos: uno para tí, otro para Moisés, y para Elías otro*; pero lo decia con el objeto de gozar sin disminucion la felicidad presente, y de un modo que solos ellos la gozasen. Los justos por el contrario tienen un tabernáculo en sus pechos para Jesús, no perecedero y circunscrito, sino de tendencia universal é infinita, como tienen otros para la ley y los Profetas, no de ramas ni de piedras muertas, ni de lienzos ni de cosas movibles, sino de su mismo ser. ¿No es esto lo que quiso significar san Pablo cuando dijo que la ley está escrita en ellos no con tinta y en pergaminos perecederos, sino en las tablas carnales (de carne) de su corazon? Así seguramente es, y no para gozar mientras viven sin mezcla de dolor, sino para conformarse á la misma verdad-Jesús que antes de entrar para siempre en su gloria debia padecer y padeció, como conviene que ellos padezcan para entrar con él en los tabernáculos eter nos.

Pedro, que aun no habia recibido las primicias del espíritu, deseaba un despropósito; los Santos que han vivido y que han sido dirigidos por el espíritu de verdad han obrado lo que Pedro proponia sin la incongruencia con que lo proponia. Porque no está el bien en gozar en esta vida de Cristo sino en conformarse con Cristo viviendo: los placeres que la vista, la contemplacion, y aun la union del alma con él proporciona, no son el fin sino un medio para llegar á él; y piensa mal y obra peor quien busca en la verdad religiosa los regalos y las delicias como objeto último. Se nos dan y deben desearse; pero es para que fortificados con ellos podamos seguir al Salvador por el camino de la cruz, que es lo último y lo esencial á que debemos aspirar. Por eso *aun hablaba Pedro* lo que su amor propio satisfecho le sugeria, cuando *hete que una nube brillante los cubrió y una voz de las nubes les decia: Este es mi Hijo querido en quien me he complacido; escuchadle*. Para desengañarlo y desengañarnos de que es un delirio el buscar conocimiento evidente y claro en la fe, los cubre una nube; pero para al mismo tiempo excitarnos á obrar, esta nube no es oscura sino brillante. Simbolizaba ella á la fe misma que oscura en sus misterios nos los propone con todo tan eminentemente creibles, que no hay cosa mas irracional que el negarles la adhesion de nuestro entendimiento. Y para animarlos y animarnos á que sigamos á Cristo por la subida del Calvario sin que nos arredre la ignominia de la cruz ni nos escandalice tanto padecimiento y tanta humillacion en tanta grandeza, suena la voz del eterno Padre que los asegura y nos asegura ser él su Hijo bien querido á quien debemos escuchar. En todo dice que lo escuchemos, pero especialmente cuando nos dice que tomemos su cruz y le sigamos; porque como esto se opone á nuestra sensualidad y molicie, debemos hacernos en ello mucha mas fuerza. Por eso nos dice el Padre *escuchadle*; es mi Hijo bien querido. ¿No oís, ó vosotros, los que os preciais de conocedores de las causas, de observadores é investigadores de cuanto pasa y sucede, no oís esa voz del Omnipotente en la conservacion milagrosa del Catolicismo? ¿No la percibís prácticamente realizada en su maravillosa propagacion en el principio, en su duracion imposible en lo humano despues, y en el divino modo con que ha triunfado siempre de todo cuanto se le ha opuesto? ¡Oh verdaderamente estatuas! que teniendo ojos no veis y teniendo oidos no escuchais. Pero lo vemos: vosotros la percibís bien esa voz divina que asegura ser el Catolicismo la única verdad religiosa que posee á Dios y es capaz de hacer en

el hombre buenos frutos; afectais con todo no oirla, haceis la oposicion á su verdad, mas es porque cobardes temeis llegaros á la cruz y porque esclavos no podeis sacudir el yugo con que vuestras pasiones os tienen tiranizados. La voz sola del padecer os aterrará, y su eco produce en vosotros el efecto que causó en los Apóstoles, aun hombres aunque ya escogidos, lo que Dios les dijo. *Oyendo esto los discípulos cayeron sobre sus rostros y tuvieron gran temor*. La voz que oyeron presentó sin duda á sus corazones el terrible misterio de la cruz con todas cuantas circunstancias tiene capaces de anonadar al orgullo y al amor propio, y... ved lo miserable de la humanidad; los Apóstoles, en vez de levantar sus ojos á los montes de donde puede venirnos y nos viene el auxilio y la fuerza, caen sobre sus rostros, esto es, se inclinan á la tierra llenos de temor en vez de llenarse de esperanza. ¿Qué es lo que hacen los hombres carnales? Se llenan de pavora al oír hablar de castidad, de mortificacion, de pobreza y demás virtudes evangélicas; y aun cuando vean la necesidad de practicarlas se postran sobre sus rostros para engañarse sobre esta necesidad, y se ponen mas en contacto con la tierra de que se deberian alejar, para entretenidos y disipados con los goces y bienes terrenos ofuscarse sobre los celestiales á que los llama instintivamente su alma.

Pero ¿y qué logran con eso? Que un abismo los precipite en otro abismo, y de los pecados, como ya hemos dicho, pasar á los errores, sin que por eso ni apaguen las llamas del infierno ni acallen los remordimientos de su conciencia. Cuando hayan dado ese paso serán por el contrario mayores y más agudos, porque el alma se queja con mas vigor cuanto mas de la regla se la aparta, y su regla es la verdad religiosa que la aproxima á Dios asemejándola á él. Siempre fue esta una verdad de fácil conocimiento; pero hoy la experiencia la hace tan clara y trivial como el sol; así que no hay disculpa alguna para el que dominado por los temores que la cruz puede inspirar á la carne sensual se reconcentra en sí mismo y parece víctima de su miedo. ¿Por qué no se allega al Señor? ¿Por qué no busca en él la fuerza y el valor necesario para superar aquel miedo? Es natural que lo tenga, porque la carne es en todos flaca y enferma; pero es criminal el que huya de quien puede ponerlo á cubierto de él y de sus consecuencias. ¿No sabe que el hombre por sí solo es nada? Convencido debe estar de su impotencia, de su miseria profunda, y por eso su misma razon le dicta que quien nada espera de sí debe buscarlo todo en Dios. Por si su propia experien-

cia no le ha hablado en esto con toda claridad y energía, vemos en el Evangelio lo que sigue: *Mas Jesús*, al ver la senda errada que habian tomado los discípulos de aterrarse cuando el temor los sobrecogiera, *se acercó, y los tocó, y les dijo: Levantaos y no temais*. Sabe el Señor mejor que nosotros mismos lo que somos y lo que prometemos: por eso se acercó á sus discípulos y se acerca á todos los hombres. ¿Á todos? sí, á todos sin exceptuar uno. ¿No está escrito que ilumina á todo el que viene al mundo? ¿Y no es verdad que ya de una manera ya de otra aun los mayores enemigos han tenido inspiraciones mas ó menos secretas y poderosas, movimientos de la gracia, y golpes de luz mas ó menos funestos y capaces de conmovier y de convertir? ¿Que diga el mas impío, que nos refiera el mas inmoral cuántas veces y de cuántos modos le ha avisado el Señor de sus deberes y ha tratado de apartarlo del mal camino, ya con pensamientos y reflexiones saludables que le ha enviado, ya con temores que ha excitado en él, ó castigos exteriores que ha visto en otros, ó enfermedades propias, ó la idea de la muerte; ya en fin con las sensaciones deliciosas que tal vez ha excitado en ellos la conducta virtuosa de un hombre de bien ó la marcha divina y la práctica constante de la Iglesia católica! Pues todas las veces que se ha verificado en ellos algo de esto, es porque Jesús se ha acercado á ellos y los ha tocado para que se levanten de su estado de abyeccion, y deponiendo sus vanos y pueriles temores solo teman á Dios, y no como esclavos sino como hijos. Hubiéranse ellos aprovechado de alguna de estas sus misericordias, y habrían por experiencia visto como el fin de la ley y de todo es Cristo Jesús para justificación de todo creyente; y este desengaño les habria al mismo tiempo desengañado de lo despreciables que son los bienes por que anhelan, de lo falso de los placeres tras que corren; sobre todo, se habrían evidentemente convencido de que en la sola Iglesia católica se halla la verdad religiosa; y en esta no por solo la revelacion escrita, como alguna vez hemos demostrado ya, sino además por la santa tradición, que es la que principalmente nos explica á los Profetas y á la ley, para que en ellos no veamos sino lo que ellos quisieron que viésemos, que es al Salvador. ¿Por qué los Apóstoles luego que Jesús los tocó no volvieron á ver ni á Elías ni á Moisés? *Y alzando los ojos á nadie vieron sino á solo el Señor*. Esto dice el sagrado texto, y en esto nos quiere dar á entender que toda la verdad religiosa está encerrada en el mediador que los Profetas anunciaron y cuyo conocimiento preparó la ley.

En solo él, pues, está la dicha de los hombres, porque de él solo viene la ilustracion de la inteligencia, la rectificacion de la voluntad y la direccion del obrar para que sus obras sean buenas y les produzcan frutos suavísimos. Y como la dicha de los hombres en particular, así la de los hombres en sociedad. Porque la verdad religiosa no solo beatifica á los hombres sino tambien á las sociedades que de ellos se componen, ilustrándolas, pacificándolas y haciéndolas gozar de aquella libertad verdadera y bien entendida que las libra de injusticias y de crímenes. ¿Quién es quien ha dado á los pueblos la idea de sus derechos y de sus deberes? Jesucristo manifestándoles su rostro brillante y sus vestidos blancos como la nieve, esto es, el Salvador por el Evangelio y por la doctrina que de él emana. Hablándonos en nombre de su eterno Padre, ó mas bien hablándonos su Padre por él, ha fijado las eternas dudas de la filosofía, ha disipado las no interrumpidas tinieblas del error, y ha hecho desaparecer las incertidumbres todas de los hombres. ¿Y quién ha sido causa de que una vez conocidos los derechos y deberes sociales se haya obrado en armonía con este conocimiento? El mismo Jesucristo que transfigurado ha arrebatado el amor de los mortales, y con su gracia ha dominado nuestra rebelde voluntad. No es lo principal conocer el bien para amarlo y practicarlo, y el mal para huir de él: aunque sea el fundamento de lo uno y de lo otro, lo principal está en obrar segun lo que se conoce, y esto al hombre es tan difícil, que apenas hay uno que no pueda repetirnos el triste eco de aquellas palabras con que la antigüedad nos manifestaba su impotencia, y que los poetas han conservado: *Vide meliora proboque...veo lo mejor y lo apruebo; pero sigo siempre lo peor*. El auxilio, pues, que el cielo dispensa á los que la profesion del Evangelio hace hijos de Dios, ha sido el que mudándonos en mejores sobre el conocimiento del bien, nos ha dado y nos da el quererlo y ejecutarlo con buena voluntad, como dice san Pablo. Así es que al Evangelio solo deben las naciones su verdadera civilizacion; así como á los errores religiosos deben el no disfrutar como debieran de todos los frutos que está destinada á producir. Él nos ha dado ese derecho de gentes que tanto admiraba Montequieu, y á él somos deudores de los miramientos con que los que mandan miran á sus subordinados, así como de la obediencia que estos prestan á aquellos para bien de toda la sociedad. Habiendo dicho á los reyes que los poderosos sufrirán poderosamente tormentos, y habiéndoles intimado que no deben juzgar si no quieren ser

juzgados ellos, destruyó la tiranía y condenó los caprichos del despotismo, que tan comun fue, es y será donde quiera que la verdad católica no impere; y diciendo á los pueblos que por Dios reinan los reyes y que por él decretan lo justo los que hacen las leyes, ha condenado la rebelión, la anarquía y todas las consecuencias que tan comunes y frecuentes son en donde quiera que los errores ocupan su lugar. Así es que en donde Jesús es conocido y adorado católicamente, las leyes son las que aplicadas á los hombres por hombres desinteresados que son los órganos de la justicia, los condenan ó los absuelven... Y ¡ojalá fuese conocido y adorado en todas partes y por todos, cual el Catolicismo enseña y desea! Entonces ni aun leyes se necesitarían, y caso que las hubiese y fuese en algun caso necesario aplicarlas, se haría con toda la rectitud posible, que es lo mas que á los hombres se les puede pedir. El justo, dice, es su ley para sí mismo; ¿y cómo se hallará ninguno de verdad justo, y en todo el sentido en que san Pablo toma esta palabra fuera del cuerpo místico del autor de toda santidad y justicia?

No será entre los que profesan voluntariamente errores religiosos seguramente donde se halla. La humildad es la base en que esta justicia universal se cimenta, y como la soberbia es el móvil que de la verdad religiosa los apartó, consiguiente es el que si mandan quieran dar á su dominacion toda la latitud posible; y el que si obedecen sea lo menos posible. De ahí el que en donde se ha introducido la herejía haya sido seguida por necesidad de alborotos, de trastornos, de revoluciones; y por último el que un despotismo mas ó menos feroz haya sido su último término. Ella fue el producto del orgullo que no quiso obedecer á Dios; debia por consiguiente trabajar para no obedecer á los que en la tierra ocupan el lugar de Dios. Pero y si estos están tocados del mismo frenesí, ¿se cree que abandonen tan fácilmente un puesto que satisface á su orgullo? Este les inspirará los medios de conservarlo, y producirá la fuerza que tiraniza ó el amaño inmoral que subyuga. Y para que una de estas cosas ó ambas juntas tengan buen resultado, ¿cuántas y cuán fatales circunstancias es preciso poner en juego? El orgullo ó la soberbia que teme verse burlada y abatida no perdona medio para sostenerse, y todos los que puede adoptar son siempre en daño de los pueblos. Véase á Napoleon rigiendo con mano de hierro los destinos de la Francia, y enviando á sus hijos á morir á cientos de miles en países extranjeros para evitar el que en lo interior se conspirase contra él.

Para que las naciones sean felices, es necesario que la humildad evangélica se profese en ellas, y esta no puede profesarse en toda la extensión que debe tener sino por los que inspira y dirige la verdad religiosa. El hombre naturalmente orgulloso necesita de la gracia para humillarse; y esta humillacion es á veces difícil de practicarse; porque aun los que tienen cierta luz sobrenatural, hay casos en que se ven sin saber cómo practicarla. Todos sabemos por ejemplo que es honorífico el confesar las obras de Dios; pero cuando estas se realizan en favor nuestro acaso seria peligroso el hablar de ellas. ¿No es esto por ventura lo que *bajando ellos del monte*, quiso Jesús significar á los Apóstoles, cuando *les mandó diciendo: A nadie digais la vision, hasta que resucite el Hijo del Hombre*? No habia para el Señor peligro de vanagloria; pero puede haberlo para nosotros si misericordioso nos favorece, como lo habia para los tres discípulos, cuya eleccion podia engreirlos. Y el silencio que les encargaba ¿no era bien difícil, y lo es para cualquier hombre como ellos favorecido? Pues y si para los Apóstoles, si para los que participan como ellos de la gracia é intimidad del Salvador es ardua esta humillacion, ¿cómo la verdadera humildad podrá encontrarse en los que el error coloca léjos y muy léjos de él? Pues, donde no se halla esta que es la raíz de todas las virtudes, desengañémonos, no es fácil hallar á las otras virtudes que son el efecto primario que produce la verdad religiosa en el hombre, ya como individuo, ya como miembro social. La caridad sobre todo, que es la corona de todas ellas, y sin la que el objeto verdadero de la sociedad no puede conseguirse; esa caridad que socorre y que perdona, que evita y que repara las injurias, que sufre paciente y condena benigna los agravios; esa caridad, repetimos, ¿puede hallarse donde la verdad no se halla? Entonces seria menester creer que puede incendiar el agua, calentar el hielo, y trastornarse todo. Los vicios opuestos á ella son los hijos naturales del error, y dos cosas tan opuestas no pueden tener un mismo origen.

ASUNTOS

PARA LA TRANSFIGURACION.

1. *Nos vero omnes revelata facie gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur.* (II Cor. III). El Hijo de Dios nos